

AUR.—¿Es muy bueno, verdad?

GLO.—Muchísimo. Encantador e indulgente...

AUR.—¿Casado?

GLO.—Sí, pero la indulgencia no tiene que ver con eso.

AUR.—Ahí están.

(Gloria adelanta a recibirlos.)

### ESCENA VIII

DICHOS: JUANITA y FAUSTINO por la derecha

GLO.—Es usted muy amable al cumplir su promesa... (*Presentando.*) La señorita Aruel... Federico Mon... Los señores de Díaz Puente.

FAUS.—(*Que en los rasgos de la cabeza y cara recuerda el tipo clásico del demonio; correcto en traje y maneras.*)—A ver si hace usted una buena jugadora de mi mujer.

GLO.—Seguramente.

JUA.—Afiición si tengo.

GLO.—Pues con eso basta.

FED.—(*A Aurora.*)—¿Qué le parece?

AUR.—Realmente es un feo el que nos dan...

FAUS.—(*Que lo oye; volviéndose hacia Aurora, sonriente.*)—Sí señora... pero discúlpeme usted; no he podido elegir.

AUR.—No lo dije por usted, ¡no!

FAUS.—¿Qué importaría...? Mi fealdad... y la hermosura de usted no son secretos: si acaso exageraciones.

FED.—(*A Aurora.*)—Que es usted más guapa aún de lo que se figura.

GLO.—(*A Faustino.*)—Perdónela... es una alocada, pero muy buena en el fondo.

FAUS.—Cuarenta y seis años tengo: calcule usted el número de veces que habré oído esto mismo. No tiene importancia... ¡Joaquín!

### ESCENA IX

DICHOS: JOAQUÍN por derecha.

JOA.—Don Faustino.

FAUS.—No seas huraño. Ven!

(*Le abraza.*)

JOA.—(*Después de haberse dejado abrazar.*)—¿Cómo está usted, Juanita...?

FAUS.—Desde pequeño le conozco y le quiero. Es un rabiosillo...

GLO.—De más.

FAUS.—Pero si usted supiera lo honrado y lo bueno que es...

GLO.—Para usted lo son todos. No creo que

haya por la tierra mejor carácter que el de usted.

FAUS.—Poco mérito es: soy tan feliz...

FED.—(*Riendo*)—¿Feliz?

FAUS.—Sí...

JOA.—(*Airado*)—¿Por qué le extraña a usted...?

GLO.—(*A Faustino*)—¿Ve usted qué genio...?

Hasta cuando no va con él, brinca y se enfada.

FAUS.—Defender a otro, es genio, sí, pero también es bondad. Perdonémosle el que no haya aprendido aún a ser egoísta.

JOA.—(*A Federico*)—¡Y yo no tolero a usted que en mi presencia!

AUS.—(*Tocando en el hombro a Joaquín; sonriente siempre.*)—¿Por qué te incomodas...?

JOA.—Me pareció que echaba a broma lo que usted dijo.

FAUS.—Quizás; pero una broma merece otra broma, no una pelea.

JOA.—(*Enojado*)—Está bien: dispense usted, Federico.

GLO.—Ahora se enojó con usted.

FAUS.—Pues yo le pediré perdón.

GLO.—¿Usted a él...?

FAUS.—Naturalmente. El más sereno al más airado, el que tenga razón a quien no la tenga, y así es muy fácil llegar a tener razón los dos.

GLO.—Le admiro a usted, don Faustino...

FAUS.—Y sólo de esa manera me corresponde usted.

GLO.—Es usted muy bondadoso...

FAUS.—¿Y por qué no he de serlo...? Fuerte, sano, con dinero y con una suerte loca... tanta suerte, que hasta amor tengo. ¿Por qué voy a encontrar perverso el mundo? Lo difícil es que sea bondadoso el pobre, el que sufre, el amargado... pero, ¿yo?... pero... ¿nosotros...?

GLO.—Ya hemos quedado en que para usted todos son buenos.

FAUS.—No, señora, no hemos quedado en eso, porque yo no he creído nunca que haya hombres buenos y hombres malos.

GLO.—Pues los hay.

FAUS.—(*Sonriente.*)—No... Hay hombres con fortuna, sanos de cuerpo y de espíritu, y a quienes la vida concede pródigamente sus favores: y hay hombres sin fortuna, agriados por las decepciones y los fracasos, enfermos... Eso, y nada más que eso, es lo que verdaderamente hay en el mundo. Unos son buenos... ¿para qué han de ser malos...? y otros son malos... ¿cómo han de ser buenos?

AUR.—También hay mujeres...

FAUS.—También, pero no las contaba porque las mujeres todas son buenas, incluso las malas, que la única diferencia entre una mujer de bien y una que no lo sea, no está en la mujer: está en los hombres que ha encontrado por el camino de su vida.

GLO.—Quizás...

FAUS.—Y ni siquiera basta un hombre malo para hacer mala a una mujer; uno, solo, la hace desgraciada. Pero cuando son varios malvados los que tuvo la desdicha de encontrar...

GLO.—Entonces da maldades.

FAUS.—Sí... pero aun entonces no las da; las devuelve.

AUR.—Qué gran amparador tenemos en usted...

FAUS.—Y la prueba de lo buenas que son, aun después de haberlas hecho malas, está en que la mujer de mayor experiencia, la de mayores desengaños, la más burlada y la más burladora, oye una palabra de amor, que le parece sincera, y olvidándose de su fatal sabiduría se pone de nuevo a querer con la misma unción que en la hora de morir se pondrá a rezar..

JOA.—Usted es algo crédulo de más, don Faustino.

FAUS.—Pues mírame bien, tú que no lo eres, y dime: sano, rico, fuerte, feliz... ¿por qué no he de creer?

GLO.—Tiene usted razón.

FAUS.—Pues ya lo tengo todo. ¿Vamos al *bridge*?

GLO.—Vamos.

*(Y cogiéndose del brazo de Faustino, mutis los dos por la izquierda.)*

FED.—*(A Juanita y Aurora.)*—Formaremos mesa nosotros.

AUR.—Somos muy chambonas.

JUA.—Yo, ni eso.

FED.—¿Qué más da...?

JUA.—Y le aburriremos.

FED.—Al contrario: a mí me gusta mucho jugar con las señoras.

AUR.—Pues vamos. ¿Usted no juega, Joaquín...?

JOA.—No, señora.

FED.—*(A Juanita.)*—Este rabia nada más,

*(Mutis Aurora, Juanita y Federico por izquierda.)*

## ESCENA X

JOAQUÍN un momento solo: ROSA por derecha

ROSA.—¿Quiere usted algo, señorito Joaquín?

JOA.—Nada.

ROSA.—(*Marcha y se detiene.*)—Porque si quisiera algo...

JOA.—Nada.

ROSA.—Una servidora... le serviría.

JOA.—Muehas gracias.

(*Mutis por foro.*)

ROSA.—(*Dando un pequeño suspiro.*)—¡Ay!

(*Mutis por izquierda.*)

## ESCENA XI

TULA y REVERENCIAS por segunda izquierda

TULA.—¿Hace mucho calor ahí, verdad?

REV.—Aunque no lo sintiera, por el placer de acompañar a usted...

TULA.—¡No más, no más! ¡Tengo la desdicha de adivinar tan pronto...!

REV.—¿Y ahora qué adivinó usted?

TULA.—A una dama no se le exigen ciertas confesiones; ciertas complacencias, aun lo comprendo, pero confesiones, no, amigo mío...

REV.—Bien, bien... ¿Y decía usted que desea colocar cinco mil duros...?

TULA.—Y si el negocio fuese productivo y seguro, sobre todo seguro, invertiría algo más.

REV.—Tal vez pueda yo complacerla a usted...

TULA.—¡¡Por Dios, amigo mío...!!

REV.—¿Qué, señora?

TULA.—No hablemos más que del negocio: se lo suplico...

REV.—En eso estamos. Pues mire usted; los cinco mil duros...

TULA.—Calor, ¿verdad...?

REV.—Si, señora: podrían colocarse...

TULA.—¿El jardín estará más fresco...?

REV.—Iremos.

TULA.—Pero solitario: temo que...

REV.—(*Protestando.*)—¡Señora...!

TULA.—Los hombres son ustedes tan atrevidos...

REV.—Lo son: pero no lo somos.

TULR.—¿Me da usted su palabra de no ofenderme...?

REV.—Sí.

TULA.—¿Palabra de honor?

REV.—S, sí; ¿no creo que sea obligatorio...?

TULA.—(*Emocionada.*)—No...

REV.—Podrían colocarse en una hipoteca.

TULA.—Si usted la administrara... aunque lo natural sería que lo administrase el marido.

REV.—¿Pero usted no es soltera...?

TULA.—Sí; hablo en futuro: tener hipoteca, tener marido...

REV.—Por cuatro años...?

TULA.—La hipoteca, sí; el marido, no.

REV.—Y al seis por ciento.

TULA.—Al seis, sí, señor. Comprendo tanto lo que usted me dice...

REV.—Y yo.

TULA.—Venga, venga y hablaremos.

(*Mutis por foro Tula y Reverencias.*)

## ESCENA XII

GLORIA y ROSA por izquierda; después FEDERICO

GLO.—¿Han traído el helado...?

ROSA.—Fué ahora la Paca...

GLO.—En cuanto venga...

(*Mutis Rosa por derecha.*)

FED.—Gloria, se ha escabullido don Reverencias y nos falta doña Tula.

GLO.—Estarán en el jardín.

FED.—De noche y con la luna ocupada en otros mundos, lo encuentro inmoral.

GLO.—¿Con Reverencias y con Tula...? Gana de pensar picardías inútilmente.

FED.—Eso es lo que encuentro más inmoral; que se oculten para nada.

GLO.—¡Federico!

FED.—Voy a escacharrarles el idilio... o el préstamo.

(*Marchándose.*)

GLO.—¡Federico...!

FED.—No le quepa a usted duda: yo les escacharro algo.

(*Mutis por foro.*)

GLO.—(*Riendo.*)—¡Federico...! ¡Federico...!

## ESCENA XIII

GLORIA: FAUSTINO por izquierda

FAUS.—¿Qué hace Federico?

GLO.—Va de cacería contra don Reverencias<sup>1</sup> que es la obsesión de su vida.

FAUS.—Alguno se alegrará de saberle entretenido en eso.

GLO.—¿Quién?

FAUS.—¿Necesita usted oír el nombre...?

GLO.—¿Joaquín...? Hago lo posible por ser su amiga, pero todos los esfuerzos se estrellan en su carácter agrio.

FAUS.—Usted lo conseguirá. Para todo basta con hacer lo posible... y dejar lo imposible para los que no han de hacer nada.

GLO.—Con otro genio, creo que hubiera llegado a quererle, pero así no.

FAUS.—Le querrá usted. Me dijeron que habían ustedes reñido y roto sus amores. Pero eso no puede ser y harán ustedes las paces.

GLO.—No...

FAUS.—Sí. Yo respondo...

GLO.—(Riendo.)—¿De mí...?

FAUS.—(Categoricamente.)—De usted

GLO.—(Riendo, pero al fin quedándose serio.)—Da un poco miedo hablar con usted, don Faustino. Dice usted las cosas con una firmeza...

FAUS.—Porque las creo, y acentúo algo, porque es la manera de que las crean los demás. Usted querrá a Joaquín y serán ustedes muy felices, que los dos lo merecen.

GLO.—(Riendo.)—¿Lo manda usted...?

FAUS.—Sí, lo mando.

GLO.—(Volviendo tras de la risa, a quedarse seria y mirándole fijamente.)—¿Pero usted quién es para disponer...?

FAUS.—Un hombre muy dichoso y que le agrada la felicidad de los otros.

GLO.—(Ansiosa.)—¿Nada más...?

FAUS.—(Riendo bondadosamente.)—¿Qué más se figura usted que soy...?

GLO.—Dicen que...

(Pausa.)

FAUS.—¿Qué...?

GLO.—(Algo acongojada.)—Me da usted miedo, don Faustino...

FAUS.—¿Y al mismo tiempo siente usted curiosidad de averiguar...? Pues lo va usted a saber. Yo soy...

#### ESCENA XIV

DICHOS: LANZADEIRA por derecha

LAN.—Felices.

GLO.—¿Quién...?

FAUS.—(Sonriendo.)—La saludan a usted, Gloria.

GLO.—(Con afán.)—¿Quién...? (Al gesto de Faustino, indicando a Lanzadeira, sonríe.) Lo sabré...

FAUS.—Sí.

GLO.—(Yendo a reunirse con él, a derecha.)

Felices, Lanzadeira. (*Viendo el saludo de ellos.*)  
¿Ustedes no se conocen...?

LAN.—(*Siempre malhumorado, a media voz.*)  
Ni falta que nos hace.

GLO.—Un gran amigo mío, de los más apreciados, don Faustino Díaz Puente. (*A media voz.*) Fijese usted bien en él...

LAN.—Ya le he visto; parece un demonio.

GLO.—Fijese usted más, que vale la pena; es un hombre feliz.

LAN.—¿Algún farsante...?

GLO.—No, no, un hombre feliz.

FAUS.—Lo siento por él.

GLO.—(*Terminando la presentación.*)—Y otro buen amigo, que celebraría lo fuese de usted también, Gregorio Lanzadeira, un hombre de gran corazón.

LAN.—De mucho corazón, sí, señor. Soy médico... y no ejerzo.

FAUS.—(*Adelantando.*)—Celebro esta oportunidad de saludarle...

LAN.—(*Dándole la mano.*)—Bueno; yo también. Pues sabrá usted, señor hombre feliz, que yo he visto un caballo con cuatro orejas.

FAUS.—Es bien raro...

LAN.—Bastante. Desde ahora, si usted no se molesta, voy a poner ese fenómeno en segundo lugar y a usted en primero.

FAUS.—(*Sonriendo.*)—No hay inconveniente...

LAN.—¿Qué sea usted feliz...? Bueno, es una preocupación como otra cualquiera; pero que se anuncie usted me parece un reclamo intolerable.

FAUS.—No fui yo; fué Gloria.

LAN.—Gloria es una inocentona y le cree a usted por su palabra.

FAUS.—¿Usted no...?

LAN.—No.

FAUS.—Entre caballeros se acostumbra...

LAN.—¿Y en donde están los caballeros?

FAUS.—Yo soy uno.

LAN.—Bueno, uno.

FAUS.—Y usted otro.

LAN.—Yo no.

GLO.—A Lanzadeira no le juzgue usted por sus palabras, sino por sus actos.

LAN.—¡Como si fuera una comedia! Y si yo digo una cosa y hago otra soy un grandísimo embustero. ¿Ese es todo el elogio que se le ocurre a usted...?

GLO.—No ha querido usted comprenderlo.

LAN.—¡Y estos son los amigos...! Verdad que el Universo entero es una porquería, y la familia otra, y los amigos igual que la familia, y que el

Universo. De nubes abajo todo es inmundicia, señor hombre feliz, y lo peor que hay en este mundo---después del mundo, que está bastante mal hecho y se resiente de falta de ensayos...---son los los hombres, y lo peor que hay en los hombres son las mujeres.

GLO.—(Riendo.)—Gracias...

FAUS.—¿Usted me permitirá que yo piense de distinto modo...?

LAN.—No señor.

FAUS.—¿No...?

LAN.—Piénselo usted si se le antoja, pero sin autorización mía que no la necesita usted para nada. Y a mí me revientan los cumplidos, la cortesía es un síntoma de nuestra bajeza, que siempre hemos de estar humillados ante algo y con el espinazo doblado ante alguien. De chiquillos, ante los padres y los mayores; de mayores, ante los maestros; de viejos, ante la muerte; y continuamente ante el palo y el castigo. ¡Siempre con el pensamiento de rodillas y por el suelo! Es un asco, un grandísimo asco, se lo digo yo a usted.

GLO.—(A Faustino.)—¿Para Lanzadeira todo es vileza y servilismo?

FAUS.—(A Gloria.)—Y aún dejó por decir otras muchas razones de humillarse y de reve-

renciar, que también hay ideas, tan dulces y tan sublimes, que al pensarlas, gustoso se arrodillaría uno materialmente, si no temiera a la postura ridícula, aun estando solo...

GLO.—¡Ciertol

LAN.—Como ideas no hay...

GLO.—(Riendo.)—¿No hay ideas?

LAN.—Ninguna, no señora. Hay palabras que suenan bien, reunidas de cierto modo artificioso, pero no pasan de eso. Y si no, dígame: ¿saben de alguna idea que examinándola friamente tenga sentido común?

FAUS.—Para no discutir en balde, diré que no, amigo Lanzadeira.

LAN.—¡Otral! Hacen dos minutos y medio que nos presentaron: ¿Por qué me llama usted amigo si aún no puedo serlo?

FAUS.—¿Y cómo le voy a llamar a usted...?

LAN.—Cualquier cosa. Señor Lanzadeira, conocido Lanzadeira, o Lanzadeira a secas.

FAUS.—Así lo haré.

LAN.—Todo mentira y convencionalismo. ¿Qué es la poesía...? La prosa martirizada. ¿Qué es el llanto...? Agua y sal. ¿Qué es la vida...? Un plazo. ¿Y el plazo? Una fracción del tiempo, que en la inmensidad del tiempo no es nada:

32844

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

luego la vida no es nada. ¿Qué es el hombre?  
Un bicho como otro cualquiera.

FAUS.—Pero que piensa y discurre.

LAN.—Y que además tiene esos defectos. ¿Y las mujeres...? ¿Queriendo ser ahora iguales a los hombres...? No les faltaba más que eso para ser antipáticas del todo.

GLO.—(Con algo de misterio.)—Ahí está Aurora.

LAN.—(Alegre.)—¡Aurora...! (Enfadado otra vez.) No me importa.

FAUS.—¿La herida, el agravio de que hace usted responsable a la Humanidad, es Aurora?

LAN.—(Despreciativo.)—No...

GLO.—Sí.

LAN.—(Rabioso.)—¡No!

GLO.—(Riendo.)—Sí...

LAN.—¿Usted se figura que yo soy un chiquillo para preocuparme por una mujer, sabiendo lo falsas que son? Mujer que dice verdad se equivoca.

GLO.—¿Y si no se equivoca...?

LAN.—Es que prepara una mentira más grande y con lo cierto de una cubre el umbuste de la otra.

GLO.—(Riendo.)—Gracias, gracias.

FAUS.—No le moleste a usted... El que habla mal de todas se queja disimuladamente de una sola.

LAN.—¡Yo no!

GLO.—Vaya usted...

LAN.—No tengo interés ninguno.

GLO.—Y habla usted con ella un rato.

LAN.—No tengo nada que hablar con esa señora.

GLO.—Pues ella creo que sí,

LAN.—¿Ha dicho que...? (Mira ansioso a Gloria y ésta, seria, se echa luego a reír; desconcertado.) ¿Es mentira...?

FAUS.—Todo es mentira, según usted.

LAN.—Bueno, ¿pero esto...?

GLO.—Es verdad.

LAN.—Voy, pero conste que no tengo ningún deseo.

GLO.—Constará.

LAN.—Adiós, señor hombre feliz.

(Marcha.)

FAUS.—Adiós ami... (Deteniéndose ante la mirada de él.) Conocido Lanzadeira.

(Mutis Lanzadeira por la izquierda.)

GLO.—Está enloquecido por Aurora...

(*Marchando.*)

FAUS.—Se franquea para escupir horrores y se guarda para demostrar cariños; con esos cariños muy mal le debe de ir.

GLO.—Mal le va, sí.

FAUS.—Ya lo he visto.

GLO.—¿Vamos...?

FAUS.—(*Viendo a Joaquín.*)—Usted no.

GLO.—(*Riendo.*)—¿Dispone usted que me quede...?

FAUS.—Yo no lo dispongo; lo ruega Joaquín.

(*Al volverse y mirar a Joaquín, Faustino mutis por izquierda.*)

### ESCENA XV

GLORIA y JOAQUÍN, por foro

GLO.—¿Se puede saber por qué no estaba usted con nosotros?

JOA.—No creí que molestara también apartándome.

GLO.—¡Por centésima vez, por última vez...! No seas huraño, Joaquín, habla con todo el mundo y no tengas esas violencias de carácter, que no conducen a nada.

JOA.—Necesitamos tener una explicación definitiva.

GLO.—Ya la hemos tenido. Y de pensar en algo que pudiera ser, como tú dices, definitivo, creo que aún la retrasaría más: en las cosas buenas no se debe buscar el final porque después no queda nada bueno que buscar.

JOA.—¡Es que yo no puedo vivir sin ti!

GLO.—Sin mí estás viviendo ahora; para vencerme has debido morirme antes de decírmelo.

JOA.—¡Glorial! ¡Glorial! ¡Glorial!!!

GLO.—(*Remedándole.*)—¡Joaquín! ¡Joaquín!! ¡Joaquín!!! ¿Ves lo antipáticas que son las conversaciones serias...? Acaba uno siempre intentando la fermata. Sólo faltó que dijeras: (*Cantando.*) Por ti... ¡por ti...! ¡por ti...! que es como terminan todos los dúos, y ya estábamos en plena ópera. ¿A tí te gusta la música?

JOA.—¡No!

GLO.—Es verdad, a tí no te gusta más que enfadarte. Y no te figures que el tenor adora a la tiple porque se pase diez minutos desesparado; no, es que por lo visto facilita mucho la emisión del sonido, en las notas agudas, el acentuar las en *i...* por ti; en *e...* ¡te querré!; en *or...* ¡mi amor!